

tas, el Regidor Don Antonio de Sequera, de orden de la Real Audiencia de aquel Reyno. Hallábase la Madre del expresado Caballero, que era una Señora anciana, y muy recoleta, llena de aflicciones, y desconsuelos por esta causa, como tambien todos los de aquella noble familia. A tiempo, pues, que esta tempestad corría con mucha furia, y que cada día iban à mas los disturbios, fue à verla el Siervo de Dios, y despues de saludarla con mucha afabilidad, la dijo las siguientes palabras: *Ea, no se la dé nada, que su hijo ha de salir con bien de todo, porque todo es nada.* Con esta, y otras semejantes expresiones, los dejó à todos muy consolados: y se cumplió tan cabalmente el prognostico, que habiendose compuesto el litigio, antes de cumplidos dos años, hizo el Señor Obispo muchos obsequios al Regidor Don Antonio, y à los suyos: atribuyendo todos estos favorables sucesos à la visita del V. P. Margil, y à su profecía, pues las circunstancias de la disension eran tan intrincadas, que ni lo pudo haber dicho sin luz divina, segun

juicio piadoso, ni las paces se podian ajustar con tan buen fin, sin maravilla.

Quando el Reverendo Padre Mercenario Fray Blás Guillen entró el año de noventa y seis à la Conquista de los *Mapes*, y *Eptunes*, pertenecientes à la Nacion Lacandona, todos los del Pueblo de los Dolores sospechaban por su tardanza, que aquellos Bárbaros le harían quitado la vida. Solo el P. Fr. Antonio, que havia quedado de Ministro en dicho Pueblo, los mantuvo en la esperanza de su vuelta, con tal firmeza, y seguridad, que reservaba en sí algunas cosas comestibles, que desde lejos solían enviarles à los dos, para que en su regreso, se las comiesen juntos. Y segun declara el referido P. Fr. Blás: *Siendo cosas corruptibles, las conservó incorruptas, para que ambos las comiesemos, como en realidad sucedió.*

Haviendose hospedado en cierta ocasion en un Colegio de la Sagrada Compañia de Jesus, advirtieron algunos de los Padres, que portandose con todos sus moradores con especial afa-

afabilidad, y cariño, mostraba algunos visos de seriedad con uno de ellos. Hizoles fuerza esta discordancia de trato, y deseosos de saberla, le preguntaron la causa. Oyóles el Siervo de Dios, y divirtiendo la conversacion con presteza à otro asunto, solo respondió como

perturbado: *Ese no es Jesuita: No es Jesuita.* No entendieron por entonces los que hicieron la pregunta, lo enfático de la respuesta; pero dentro de pocos meses salieron plenamente de su duda, porque el Sugeto salió de la Compañia, y desertó de su Sagrada Milicia.

CAPITULO X.

PROSIGUE LA MISMA MATERIA

con otros casos maravillosos, y raros, que confirman el Espiritu profético del Siervo de Dios, y la luz superior para conocer cosas ocultas.

Haciendo Mision el V. P. Fr. Antonio en la Ciudad de Granada, perteneciente al Obispado de Nicaragua, asistía frecuentemente à los Sermones un Eclesiastico, que en pocos años de edad, tenía muy viciosas costumbres. El vicio que predominaba en su corazon era el de la torpeza, sin que bastasen las invectivas de este Predicador zeloso, para que refrenase la rebeldía de su escandaloso apetito. No dejaba de sentir en su interior algunas fuer-

tes baterías, que lo inclinaban à virtuosas demostraciones, siendo una de ellas, ayudar à Misa al V. Misionero, el qual, con la luz superior, que el Cielo le franqueaba de continuo, conoció lo cercano de su muerte. En esta atencion le dijo un día, despues de muchos consejos con que procuró mejorarlo: *Tenga cuenta con el Viernes siguiente.* Pero aunque esta advertencia, con las precedentes exhortaciones, y las interiores aldabadas, que sentía, pudieran

ran abrirle los ojos del alma, para que llorase sus culpas, no le dió lugar lo arraigado de sus vicios, para lograr avisos tan importantes. Estando, pues, el inmediato Viernes oyendo la Mision, se salió del concurso, como à la mitad del Sermon, sin saberse con que motivo. Enderezó los pasos para su casa, mas no pudo llegar à ella, porque le asaltó la muerte en la calle, con tal violencia, que ni la Santa Extrema-Uncion pudieron administrarle.

Confesandose con el V. P. un hombre Español, en uno de los Pueblos del referido Obispado, le preguntó despues de la confesion por tres veces: *¿Qué dia es oy?* Vienes à los ojos, que esta pregunta aludía à las máximas de desengaño, con que el V. Confesor havia procurado hacerle conocer su peligro. Pero haviendose olvidado brevemente el hombre de esta reconvencion, y de los saludables consejos, por la noche se fue à casa de la manceba. No quiso la Divina Justicia dejar sin castigo su obstinacion: y sobreviniendole un vehemente dolor, que daba muestras de ser

mortal, fue preciso el sacarlo apresuradamente de la casa, para evitar el escandalo. Llevaronlo para la suya con el disimulo mas posible; pero aumentando-se en el camino la malignidad del repentino accidente, lo olearon en la calle, y espiró al punto en aquella publicidad. Al otro dia, à tiempo que lo enteraban, subió al Pulpito el V. P. Fr. Antonio, y volviendose para el difunto, exclamó por tres veces con lamentable llanto, diciendo: *¿No te lo dije? ¿No te lo dije?* Quedaron todos los circunstantes llenos de asombrosa confusion, al oír esta pregunta, que en tono tan lastimoso le hacía el Siervo de Dios al muerto, como si en la realidad estuviera confabulando con él. Pues con haverle preguntado el dia que era, segun havia referido el mismo que estaba en el feretro, infirieron que le havia pronosticado lo cercano de su muerte lastimosa en castigo de su escandaloso trato.

Otro anuncio muy parecido à este, hizo à un hombre de costumbres rotas, diciendole, que si no trataba de enmendarse, moriría malamente dentro de

de un año. Despreció este el aviso del V. P. y murió puntualmente cumplido el año, à la violencia de una enfermedad acelerada, dejando tan pocas esperanzas de su arrepentimiento, que no quiso confesarse, con tener Confesor à su cabecera. El mismo pronostico hizo à una muger escandalosa, y profana, que servia à muchos de precipicio, y ruina. No hizo caso la infeliz de tan precioso desengaño, y à pocos dias le sobrevino un egecutivo accidente, con que dió fin à sus mal empleados dias, sin poder recibir los santos Sacramentos, y sin dar el mas minimo indicio de arrepentida. A otra, que por su liviandad, y desemboltura, havia perdido la estimacion, y el honor, la profetizó, que si no se retiraba de sus torpes procedimientos, moriria à puñaladas. No bastó esta exhortacion para quedar corregida, y al fin vino à acabar su vida desdichada à los filos de un cuchillo, siendo su propio Consorte el cruel verdugo.

Predicando en la Santa Iglesia Cathedral de Guatemala el año de setecientos y dos, pon-

derando la incostancia, y brevedad de la vida, dijo, que al dia siguiente no podrian oírle todos los que havia en el concurso, porque una persona del auditorio, havia ya pasado de este mundo al otro, à dar de su vida estrecha cuenta. Refiere este caso el muy Reverendo Padre Maestro Geronimo Varona, de la Sagrada Compania de Jesus, que fue uno de los oyentes, y prosigue su relacion de esta manera: Como todos mirabamos al P. Fr. Antonio como un gran Profeta, comenzamos à temer en quien se verificaria este profetico anuncio. Mas luego que se acabó el Sermon, vimos que se cumplió en una muger, que entre el Altar Mayor, y la Capilla del Socorro, se cayó muerta, sin alcanzar confesion.

En una Mision, que hizo el bendito Padre, en compania del Venerable Padre Juan Seron, Jesuita, en el Real de Minas del Corpus, en el Reyno de Guatemala, profetizaron ambos varias veces desde el Pulpito, que aquella Ciudad se veria abrasada con fuego del Cielo, por sus culpas. Estando aún en la taréa de su Apostolico eger-

cicio, fueron tantos los globos encendidos, que bajaron por el ayre, que redugeron à cenizas todas las casas de la Ciudad, con asombro de sus moradores, que con el arrepentimiento mejoraron de costumbres. Otro anuncio muy semejante à éste hizo el V. P. Fr. Antonio en Teopisca, lugar distante como siete leguas de Ciudad-Real, diciendo, que por una culpa con que Dios nuestro Señor se havia ofendido mucho, les sobrevendria peste dentro de seis meses, y que morirían muchos. Verificóse la profecía con puntualidad, dentro del referido termino, y murió le mas de la gente de la Poblacion, segun el Profético Varon lo havia dicho.

Rezando Maytines con la Comunidad en el Coro, se salió con un Compañero, sin ser llamado, y en el silencio de la media noche, se fue para una casa de Juego. Asustaronse los Tahures con tal visita, y queriendo excusar la verguenza con la fuga, procuró el V. Misionero sosegarlos, valiendose de la estratagemas de sentarse à jugar con ellos. Havia tenido luz en el Coro de lo que pasaba en el

corazon de un Jugador malvado, el qual estaba resuelto à quitar alevosamente la vida à otro de los Compañeros, asi que se acabase el juego. Procuró el Siervo de Dios dirigir à éste sus embites, y sin haver jugado en su vida, estaba tan diestro en los naypes, que ganó varios Rosarios, y Oraciones. No era esta la ganancia que pretendian aquellos mal ocupados hombres, y asi se fueron saliendo con disimulo, y poco à poco de la casa, hasta quedar solo el que tenia fraguada en su corazon la intencion de matar al otro. Ya que el V. P. se vió à solas con él, le dijo, reprehendiendo su mal intento: *Ven acá bárbaro, ¿qué intencion era la tuya de quitarle à tu Compañero la vida?* Dióle una reprehension severa, y haciendole caer en la cuenta de su cruel resolucion, se conoció quan bien havia jugado, pues à mas de librar al otro de la muerte, el delincuente prometió con lagrimas enmendarse, y por la mañana hizo una confesion dolorosa con el mismo V. P. Fr. Antonio.

En otra ocasion salió tambien

bien de Maytines, sin tener aviso de nadie, y à la salida de la Ciudad de Guatemala, dió alcance con su Compañero, à una muger, que instigada del Demonio, estaba resuelta à ser verdugo de sí misma. Luego que el V. P. la vió con el dogal, que llevaba prevenido para ahorcarse, la afeó su necia determinacion, y haciendola caer en la cuenta del irreparable daño, que se buscaba por su mano, la hizo volver muy arrepentida à su casa: y el Siervo de Dios, y su Compañero, se restituyeron al Seminario à proseguir los egercicios santos del Coro.

En un Domingo, en que la gente solia concurrir à trabajar en la fábrica del Colegio de Guatemala, hurtó un mal hombre varias capas, y sombreros, de los que havian dejado los concurrentes sobre unos palos, mientras se ocuparon en descargar los materiales, que havian conducido para la obra. Quedaronse contristados luego que los echaron menos: mas asi que el Siervo de Dios tuvo noticia del suceso, los procuró consolar, diciendoles, que no se les per-

deria cosa alguna. En esto, se fue llegando con gran disimulo al ladron, y le dijo con mucha paz: *Vamos, y me ayudará à traer las capas de estos pobres Hermanos.* En consecuencia, se fue junto con el ladron para el lugar donde las havia escondido, y haviendolas sacado, y repartido à sus dueños, lo dejó tan escarmentado, como confuso: y en adelante no faltó à nadie lo mas minimo, con ser crecido el tropél de gente que concurría al trabajo.

En el Pueblo de San Gabriel Mazatenango, un dia, despues de haver celebrado Misa, salió de la Iglesia uno de los Indios principales, acompañando con otros al V. P. Fr. Antonio, para la casa del Cura Coadjutor, el Bachillér Don Ignacio de Carranza. Ya que llegaron à la casa, se retiró con dicho Indio de los otros, y llevandolo para donde estaba el expresado Don Ignacio, le preguntó, nombrandolo por su nombre: *¿Nuestra principal N. quando se confiesa?* Inmediatamente respondieron casi à un tiempo, asi el Indio, como el Párroco, que ya se havia confesado, y comulgado.

Con esto, abrazandole al Indio la cabeza, le habló al oído, añadiendo, de modo que el Cura lo oyera: *Te has de volver à confesar, y para que no tengas verguenza, le diré al Padre tu pecado.* Al punto volvió el semblante para el referido Bachillér, diciendole, que lo confesara de nuevo, y le preguntara por tal pecado. Hizólo así, y según él mismo asegura en toda forma, llegó el Indio à confesarse con muestras de dolor, y lleno de lagrimas, diciendole, que pues el Santo P. Fr. Antonio le havia adivinado su pecado, era verdad, que hacía muchos años que lo callaba por verguenza; por ser sumamente torpe, y feo: mas haviendolo confesado con todas sus circunstancias en la confesion general, que entonces hizo, según el caso lo requería, quedó el Confesor muy consolado, y lleno de admiracion, dando muchas gracias à Dios, por los dones con que enriquece à sus Siervos, para beneficio de las almas.

En el Curato de San Gaspar Cuyotenango, le envió à una Negra un Rosario, encargandole, que ella lo havia de

traer, y que tratase de confesarse. Con esto, entendió la Negra, que el V. P. Fr. Antonio havia tenido luz, como hombre Santo, de que reservaba en sí los instrumentos de hechicería, y brujería de su Ama, que era una India rica, y se havia valido de ella para que los tuviese ocultos, hasta que se fuese la Mision. Y aunque tenia hecha resolucion de no confesarse, ni descubrirlos, por no faltar al encargo de su Ama, manifestó de plano todo el diabolico contrabando: se confesó con el Siervo de Dios, à impulso del ya citado Bachillér Carranza, que es el que declara este caso; y añade, que quedó muchas veces admirado de ver la luz superior, con que el Señor le manifestaba lo mas oculto de los corazones del progimo. En este mismo Partido descubrió, y extirpó nuevos infernales abusos, y abominables idolatrías, que se cometian en un cerro cercano al Pueblo de los Santos Reyes: y según atestigua el Doctor Don Antonio Garcia de Silla, Cura, y Juez Eclesiastico de aquella Jurisdiccion, solo con luz Di-

vi-

vina pudo tener noticia de los bárbaros procedimientos de aquellos infelices Indios: porque, según confesaron los originarios mas ladinos del País, ninguno tenia noticia de tal cerro.

En uno de los Conventos de Megico se hallaba una Religiosa con una afliccion inconsolable, por estar persuadida à que se perdía cierta alma, y que de su pérdida resultarían irreparables daños à otras muchas Personas dependientes suyas. En esta tribulacion le pidió al V. P. Fr. Antonio en general, que encomendase à Dios un negocio, que la causaba mucha confusion, y tormento. Lo mismo fue hacerle esta súplica, que responderla el ilustrado Padre, especificandola su desconsuelo, y la causa de su aprehension: añadiendola, que la dicha alma no estaba perdida, como ella imaginaba, pues era muy agradable à Dios, y así, que no tuviese temor alguno. Con estas razones dejó à la Monja muy consolada, y muy cierta, de que solo con luz del Cielo pudo penetrar la raíz de su interior pena, y desconsuelo,

que cesaron desde aquel instante.

Haciendo Mision en el Valle de Vagases, del Obispado de Nicaragua, envió à llamar à un Sugeto, que, ò por remiso, ò por su enredada conciencia, no havia acudido al Sermon: y sin haver reparado en esta falta del concurso, le echó menos el Siervo de Dios. Dióle una amorosa correccion, lo persuadió à que se confesase, y desde aquel punto frecuentó los santos Sacramentos, y vivió tan egemplar, y tan humilde, que servía de edificacion à quantos tenían noticia de su desconcertada vida. Lavandole los pies un Indio Sacristán, llamado Alonso Pasquin, en el Convento de nuestro Seráfico Padre San Francisco de la Ciudad de Cartago, perteneciente à la misma Mitra, dijo en su interior, venerando la virtud del V. P. Fr. Antonio: *¡Ojalá fuese yo tan bueno como este Padre!* Al mismo tiempo volvió los ojos para él el Siervo de Dios, y le dijo con mucha paz, y serenidad: *Alonso, en tu mano está, Christiano eres.* Con esto, conoció el Indio que le havia penetrado el

Mm 2

co-

corazon, y lo publicó despues por especial maravilla.

Confesandose con el bendito Varon una Señora de Habito exterior Franciscano, que falleció con opinion de virtuosa, la preguntó: si tenia alguna Imagen de Christo Crucificado? Si, Padre, respondió luego la muger; y entonces añadió el Siervo de Dios: *Pues cuelgala detrás de la puerta, y quando salgas de casa, mirate en él, que ese es el verdadero Espejo.* Con estas palabras quedó la muger tan confusa, como enseñada; pues era asi, segun declaró ella misma, que por alguna vana curiosidad, solia al salir de casa mirarse en un espejo pequeño, que tenia colgado detrás de la puerta.

Hallandose confesando en la Iglesia de nuestro Convento de la Ciudad de Zelaya, fue à verle una muger llena de timidez, por una discordia que se le havia ofrecido con su Marido, originada de zelos. Estando algo distante del Confesonario, la llamó el V. P. y sin esperar à que le comunicase su trabajo, la dijo: *Vuelvete con tu Marido, que no te hará daño alguno, pues ya se le quitó el enojo.* Asi fue,

que de alli en adelante, no le volvió à insinuar la sospecha de su infidelidad, y vivieron en paz, y muy gustosos. A otra, que havia venido desde Megico à un Recogimiento de esta Ciudad, y la perturbaban los deseos de volverse à su Patria, la descubrió quanto pasaba en su interior, en ocasion, que se confesó con el bendito Padre, diciendola, que no la convenia su premeditada mudanza. Dió asenso à sus saludables consejos, y murió egemplarmente en el mismo Recogimiento.

El Padre Predicador Fray Joaquin de Ortega, Sugeto de conocidas letras por sus Escritos, y de quarenta años de Profeso, que vive en este Colegio, atestigua, que siendo Corista, solia repetir el Rezo, estimulado de los escrúpulos. Pasaba à la sazón el V. P. Fr. Antonio desde Zacatecas para Megico, y despidiendose à la puerta del Coro de esta Comunidad, para seguir su viage, al Corista se le propuso interiormente esta especie: Si quando este Padre, que dicen que es Santo, me dá el abrazo de despedida, me hace algun cariño especial, he

he de deponer el escrupulo, y no he de repetir el Oficio, teniendo todo por turbacion del Demonio. Abrazó el Siervo de Dios à todos, uno por uno, y quando se le siguió al Corista su vez, lo cogió suavemente de las orejas, y dandole con una mano algunos leves golpes en la espalda, le dijo, estrechandolo consigo: *¿No ve como le hago especial cariño? ¿No lo ve?* Con esto depuso el escrupulo, y no volvió jamás à padecer turbacion semejante. Este mismo Religioso le escribió una carta à Zacatecas, siendo el V. P. Guardian del Colegio de Guadalupe, diciendole, que havia determinado mudarse à aquel Seminario, para tener menos ocasion de concurrir con sus Parientes. La respuesta del P. Fr. Antonio fue, que en éste lo havia puesto el Señor, y que perseverase aqui, que sus Parientes no le causarían inquietud alguna. A pocos dias de haver recibido esta carta, tomaron estado un hermano, y dos hermanas, que dicho Religioso tenia, casandose fuera de la Ciudad, y ausentandose de ella todos tres; por

manera, que atendidas todas las circunstancias, no pudo menos que tener por profecía la respuesta del V. P. Margil.

Siendo Guardian del Colegio de Guadalupe, envió à llamar à un Corista para que le escribiese una carta. Era dia de asueto, y entendiendo el joven, que por esta causa se havia de privar de la recreacion, dijo en su Celda, quando le dieron el recado: Bien pudiera nuestro Padre Margil ir à escribir al Cerro de la Bufa. Fuese luego para la Celda del V. P. y apenas entró, pasandole la mano por la cabeza, le dixo con mucho agrado: Escribame esta carta, que mañana me iré à escribir à la Bufa. Pasmóse el Corista, viendose descubierta, quedando al mismo tiempo muy satisfecho de que el Siervo de Dios era asistido con luz del Cielo, para penetrar interiores, aun en cosas de poca importancia.

Saliendo para el referido Colegio, desde la Ciudad de San Luis Potosí, en la primera jornada que hizo, se hospedó en la Hacienda de un Caballero, que lo veneraba por un grande Amigo de Dios. Llegó

la hora de comer, y habiendo-se sentado à la mesa el Caballero con su Esposa, observó ésta con curiosidad mugeril, que el Venerable Varon comia sin melindre, y con buenas ganas de quantas viandas le ponian delante. De esto inferia la Señora, allá à sus solas, que no era tan parco, como ella se figuraba, para tener opinion de Santo, y decia una, y otra vez en el interior retrete de su corazon: *¿Qué Santo ha de ser éste, que así come?* A este tiempo, volvió el rostro para ella el Siervo de Dios, diciendola con mesura: *Señora, si no le damos de comer al Burrito, nos dejará en el camino.* Prosiguió comiendo con el mismo despejo que antes, y despues que se retiró para tomar algun descanso, le preguntó el Caballero à su Esposa, ¿à qué aludían aquellas palabras de Fr. Antonio? Respondióle la muger por menudo lo que por ella havia pasado, y tan confusa, como admirada, le dijo: No hay duda, que este hombre es Santo, pues me ha leído plenamente los dentros de mi corazon, y quanto por mi imaginacion ha pasado.

Predicando en la Iglesia de la Soledad de Oajaca, en presencia del Ilustrisimo, y Reverendisimo Señor Don Fr. Angel Maldonado, se dilató algo en el Sermon, y se fue acercando la noche. Havia de pasar de dicha Iglesia el Venerable Misionero procesionalmente con el concurso, para el Convento de nuestro Seráfico Padre San Francisco; y temiendo el Ilustrisimo Prelado algun desorden por la concurrencia de tantas personas de diverso sexo, havia hecho ánimo de mandar expresamente, que fuesen solos los hombres. Acabó el Sermon, y como si tuviera luz de lo que aun se ocultaba en el pecho del Señor Obispo, dijo: *Su Señoría Ilustrisima manda, debajo de censura, que todas las mugeres se vayan à sus casas, y que solo me acompañen los hombres.* Así se egecutó con admiracion de aquel virtuosisimo Principe, al ver, que este Varon Apostolico tuvo anticipado conocimiento de sus intentos, antes de llegar à expresar su mandato. Haviendosele quebrado la cadenilla, con que traía el Santo Christo pendiente del cuello en

en los caminos, le rogó à un Platero de Ciudad-Real, que se la compusiera. Valióse de esta oportunidad el Maestro, y cogiendo una de las reliquias, que están como esculpidas en la Cruz, la partió con disimulo, y le hizo un piadoso hurto. Fue à entregarsela luego que la compuso, y preguntandole si estaba buena, le respondió con los ojos clavados en el suelo, y sin mirarla: *La cadenilla buena está; pero el hurto está malo, porque esa reliquia tiene otro destino: Pongamosla otra vez en su lugar, que no quedará Vmd. sin reliquia.* Dióle otra para satisfacer la devocion del Caballero, el qual, refiriendo despues este suceso, añadió, que al juntar los pedazos de la que él havia partido, quedaron otra vez unidos, sin mas diligencia, que el contacto de sus manos.

Predicando el Sermon de Gloria en la Iglesia de la Villa de Santa MARIA de los Lagos, dijo à los oyentes, arrebatado todo en las inefables dulzuras que ponderaba: *Para entrar en el Cielo, ò para ir à la Gloria, haveis de ser tan puros como esa criatura, que traen ahora à en-*

terrar. Volvian el rostro los circunstantes, y no viendo señal alguna de entierro, se preguntaban unos à otros, despues de concluido el Sermon: *¿Qué criatura será ésta, que dijo el P. Margil, que la traen para enterrar?* Estando confabulando sobre esto, fueron llegando los que traían una niña difunta, que à pocos dias de nacida havia muerto en una de las Haciendas de aquella Jurisdiccion, sin que ni los parientes de ella, que havian asistido al Sermon, tuviesen noticia de su muerte. Por todo lo qual, y por no haberse enterrado otra en aquel dia, salieron todos de la duda, quedando al mismo tiempo entendidos de que solo con luz superior pudo tener tal noticia.

Viniendo desde Guatemala para Zacatecas, le salió al camino un Ladron famoso, que vivía oculto entre las malezas de uno de los Bosques de aquel Reyno, preguntandole, ¿qué à donde hacía su viage? Oyóle el Siervo de Dios, y le respondió con egemplar compostura, y con el semblante risueño: *Caminó para la Gloria.* Quedó sobresaltado el Vandido, repre-

guntandole con alguna turbacion: *¿Y yo, para donde camino?* Respondióle el Apostolico Padre con la misma serenidad, y agrado: *Tambien para la Gloria.* Hizole fuerza esta respuesta, conociendo lo mal empleado de su vida; y replicando, le dijo tan confuso, como asombrado: *¿Cómo podrá ser lo que V. P. me dice, teniendo yo este maldito egercicio? Todo está compuesto* (respondió el Siervo de Dios) *con dejar ese mal empléo, y hacer una confesion verdadera.* Rindióse al punto, qual otro Saulo, el foragido alevoso, y entrandose ambos en lo mas frondoso del Monte, hizo una plena confesion con el V. P. de todos sus malos pasos, procurando lavar con amargo llanto las manchas de su conciencia. Concluida que fue la confesion, escribió un papel sucinto, y despues de haverlo cerrado, le mandó, que fuese à un pequeño Pueblo de Indios, que havia en aquellas inmediaciones, y lo entregase al Prelado, ò Ministro de Doctrina, que era un Religioso de nuestro Padre Santo Domingo. Esta fue la penitencia que le impuso, exhortandolo al dolor

continuo de sus enormes culpas, por ser ofensas de una Bondad infinita. Llegó el Ladron dicho so à la presencia del Ministro, y habiendo éste abierto el papel, halló que decia su contenido: *Dará V. P. sepultura al Portador.* Quedó admirado el Religioso de una embajada, al parecer tan extravagante, y mucho mas al ver, que en quanto el Penitente acabó de enterarlo del caso, y sus circunstancias, se cayó à sus pies repentinamente muerto. Dió con piedad sepultura al yerto cadaver, venerando los ocultos juicios de Dios, y magnificando sus Divinas Misericordias, à vista de un suceso à todas luces admirable. Algo me he desvelado en procurar dar mas individual noticia de este caso, de la que tiene en su antigua Vida, no obstante de que se tiene por tan cierto entre personas de todas calidades, y carácter, que el darle, fuera hacer un agravio manifesto à la pública voz, y fama, y à la autoridad de muchos sábios, y juiciosos. Uno de estos, que si no huviera fallecido el pasado año, me podría instruir en el asunto, de mo-

modo, que quedase satisfecho mi deseo, me aseguró poco antes que yo diese principio à esta empresa, que un Religioso graduado Dominicano de aquel Reyno, havia conocido, y comunicado à otro Religioso de su esclarecida Orden, y famosissima Provincia, el qual le havia asegurado varias veces, hablando del V. P. Margil, que havia tenido en sus manos el mismo papel que escribió el Siervo de Dios al Ministro Doctrinero. Pero no haviendome permitido mas plena averiguacion la distancia como de quatrocientas leguas, que hay desde

aquí à Guatemala, solo digo que baste esto, para que el prudente Crítico quede advertido de que no se escribe apriesa. Y si acaso no bastare, tengase presente, que no seré yo el primero que diga, que si se huvieran de escribir todos los casos profeticos, y de conocimiento de interiores, que se refieren del V. P. Margil, se podian llenar seis tomos. Déjo varios de los que han llegado à mi noticia, por ser casi identicos con los que quedan referidos, aunque no me descarto totalmente de este asunto.

CAPITULO XI.

ESPECIAL DON QUE TUVO EL V. P. FR. Antonio para dirigir almas, asi obstinadas, como desoladas, y escrupulosas, manifestado con maravillosos sucesos.

DOtó asimismo el Cielo à nuestro V. P. Fr. Antonio con el Dón de la discrecion de espiritus, para encaminar almas perdidas por las veredas de las virtudes, sere-

nando à las escrupulosas, y confortando à las desoladas. En este asunto fue singularissima su destreza, acompañada de una gran sagacidad, para conocer si se ocultaba algun Aspid enga-